

PRECIOS DE SUSCRICION.

San Sebastian tres meses, 4 pta.
Provincias, tres id 4,50
Extranjero, un año 30
Ultramar, un año 30
Las suscripciones hechas por conducto de los correspondientes tienen un aumento de 10 por 100.

Número suelto, 5 céntimos.
Atrasado, 10 céntimos.

No se devuelven los originales.

Redaccion y administracion:
Avenida de la Libertad, 17,
bajo.

PRECIOS DE INSERCIÓN.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes, 20 céntimos la línea.—Gacetas, 50 céntimos.—Anuncios en primera plana, 1 peseta línea.

COMUNICADOS

a precios convencionales.

Recibe anuncios en París M. A. LORETTE, rue Caumartin, 61, uno de nuestros correspondientes.

La Voz de Guipúzcoa

DIARIO REPUBLICANO

AÑO III.

San Sebastian.—Lunes 4 de Julio de 1887.

Número 913

EL COCHE DE LOS NIÑOS.

Durante todo el día se había sentido un insoportable calor; más ya el sol se iba hundiendo poco a poco, y un viente-cillo ligero rozaba mi rostro á cada instante, produciéndome una sensación de bienestar tan grande, como cuando pasan por el alma las esperanzas de felicidad. A la sombra de los árboles del Salon del Prado, se sentaba de regreso del trabajo, algunos jornaleros; había gente también en los aguaduchos y niños corriendo por aquí y por allá. Yo paseaba á lo largo del anden que da frente á las obras del Banco, sin que ocupase mi pensamiento otra emoción que la alegría de vivir; de pronto escuché tras de mí un alegre ruido de cascabeles y la fresquísima voz de un niño que decía, en todos los tonos de la impaciencia y del placer, ¡jarre! ¡jarre!

Me volví á oír, y os confieso que la cara del niño estaba hecha de hojas de rosa. Iba en el pescante de uno de esos cochecillos infantiles que hacen, por cinco céntimos, un viaje tan largo como los de la imaginación más soñadora; un pacífico y rebajado jumento tira de ellos; la mano de un niño los guía, y suenan los cascabeles que adornan su toldo; ¡cochecillos donde la inocencia y las primeras emociones de la vida hacen su viaje de novios!

El niño que yo ví esa tarde guiando el diminuto carruaje, era tan hermoso, que, antes de concebirlo, debió soñarlo su madre. Ensorijadas melenillas rubias asomaban por debajo de un sombrero blanco, cuya gasa parecía que se había aglomerado sin que la tocase mano humana alguna; los ojos del audaz cochero eran azules y grandes, saliendo de ellos una mirada tan candorosa y alegre como el primer rayo de luz que sale del trecho de cielo que azulaba el alba; en sus mejillas se habían quedado dormidos todos los besos maternales, por eso eran tan frescos y sonrosados, y en sus labios aun había respuestas de angel, esas palabras que dicen á Dios los niños cuando no quieren bajar del cielo á la tierra para convertirse en hombres. Llevaba el de mi historia un traje blanco muy descotado y sin mangas, apareciendo entre los encajes de los hombros unos regordetes brazos, cuyas manos cabían de seguro en la boca de su madre. ¡Cuántas veces habría intentado ésta comérselas, con gran risa y algarazas del pobre pequeñín, tan dulcemente apesadado!

No iba éste completamente á su albedrío en el pescante del cochecillo; una criada le sujetaba por el vestido para que no sufriera desgracia alguna durante su largo y accidentado viaje. Mal avenido él con esta previsoría tiranía, descargaba su cólera contra el infeliz jumentillo, á quien apostrofaba con las palabras más duras de infantil vocabulario; y siendo inútiles cuantos medios le sugería su impaciencia para procurar alas al jumento, pateaba en el pescante con cara de risa, con lo cual sonaban doblemente los cascabeles del toldo.

—¡Estáte quieto, Rafaelito! le decía su niñera; ¡mira que te vas á caer, no seas loco!, y Rafaelito, seguro de su fuerza y su poder, con dos cintas por riendas en la mano, desoía tan sabios consejos, como han desoido siempre los héroes las prudentes advertencias de la Historia. —¡Más de prisa, más de prisa! decía yo, contemplando tan alegre escena; ¡más de prisa, Rafaelito! tienes razon, ¡jarre! ¡jarre! Aprovecha estos instantes de placer; apura en un momento todos sus gozos! lo mismo querrás hacer en cuanto llegues á hombre; ¡gozar de prisa, de prisa! placeres que se detienen no son placeres; ¡oopa que no se bebe de un sorbo, no satisfacen! todo es rápido en la vida, hasta ella misma... ¿Quién es, pues, el insensato que guarda para mañana el resto de la felicidad de hoy?

¿Quién interrumpe un beso? ¿Qué mariposa no vuela con todas sus alas? ¿Todo el beso, todo el vuelo, todo el placer de una vez! ¡y de prisa, muy de prisa...! Di ¡jarre! Rafaelito, ¡jarre!

No sé si yo me detuve ó si el jumentillo se animó por fin; pero el coche pasó de pronto á mi lado, y lo ví adelantarse largo trecho.

Después, como empezaba á anochecer, fueron borrándose para mis ojos sus contornos, y cuando ya distinguía muy confusamente su diminuta y movable masa, escuché aún las exclamaciones de impaciencia de Rafaelito que me trajo una ráfaga de aire.

Ahora no sé cómo podré decirlo lo que he presenciado esta tarde. Me paseaba por los alrededores de Madrid, viendo unos campos yermos, unas casas miserables, cuyo color terroso destruye todas las ideas que nacen en el alma del sentimiento con la felicidad del hogar.

A bastante distancia, aún distinguí que avanzaba por la carretera un coche fúnebre, completamente blanco, seguido de otros carruajes. Entonces recordé que en aquella dirección, y no lejos del punto en que me encontraba, hay un cementerio. Antes de aquel triste convoy llegase á él, yo alcanzando su parduzca tapia, atraído por esa cruel curiosidad que despierta en nosotros la muerte. ¡Se sufre tanto contemplando un cadáver, que es imposible resistir á su atracción! Subió pausadamente el coche blanco á la cuesta del cementerio, y llegó, al fin, á la puerta de éste, donde le esperaban el capellán y el enterrador. La caja que bajaron del carruaje era muy pequeñita, de raso blanco y listas de oro; un ataúd que, excepto por su forma, parecía una caja de bombones. Reuniéronse en torno de ella todos los que en su acompañamiento habían llegado, y entonces sorprendí entre dos personas, una de las cuales juzgo que debía ser de la familia del muertecito, el siguiente diálogo, dicho en voz muy baja:

—Su pobre madre estará inconsolable.

—¡Figúrese usted; era el único niño que tenía y se le ha muerto en seis horas!

—¡Es terrible esa enfermedad!

—Se ahogó como un pajarillo!

¡Pobre pajarillo! En esto pidieron á uno de los interlocutores la llave del ataúd, y éste alargó una muy pequeñita y dorada, y eso que encerraba á un muerto!

Iba el capellán á rociar con agua bendita el cadáver, haciendo sobre él la señal de la cruz, y todos nos inclinamos para contemplar la pálida cara del niño.

La ví; me eché hacia atrás; se me paró aterrado el corazón; ¿que lo sabeis? ¿que era él? ¡Pues tener compasión y no decidírmelo! Yo no quiero que sea Rafaelito, yo no quiero que sea Rafaelito el niño muerto que llevó al cementerio el coche blanco. Su madre no podrá vivir sin él; tendrá constantemente los ojos tan llenos de lágrimas, como están los míos ahora. ¡Ea! valor; si, era él, Rafaelito. ¡Dios es muy bueno! ¡Dios es muy piadoso! Los niños van al cielo, las madres lloran; ¡no importa! Era Rafaelito; el niño que se impacientaba por ir más de prisa, era el niño muerto; ¡el mismo que hacía sonar los cascabeles del toldo, pateando con cara de risa! ¡el mismo! ¡os digo que era él, que era él!

Después se fueron dispersando todos los carruajes y volvimos lentamente por la carretera, el coche blanco delante, detrás yo. Cuando llegamos á las primeras casas de Madrid, salió de una de ellas una mujer con un niño en brazos, y el coche blanco se paró. Aceróse la mujer, diciendo muy contenta al chicuelo, señalando al cochero:

—¡Ahí está tu padre!

Palmoteó el angelito con alegría, se

inclinó el cochero para cojerle en sus brazos, cubrióle de besos la risueña cara y, en cuanto el niño pudo, asiendo con sus diminutas y rechonchas manos las pesadas riendas que su padre había abandonado, sobre el asiento del pescante, dió un grito de intensa alegría y exclamó:

—¡Arre! ¡jarre!

JOSE DE RUERE.

EL PLANETA JÚPITER.

El mundo de Júpiter es el más voluminoso de todos cuantos forman el sistema solar. Segun cálculos bastante exactos, es, en números redondos, 1.000 veces más pequeño que el astro del día, y unas 1.500 veces mayor que nuestro globo terrestre.

Su distancia del Sol se aproxima á 200 millones de leguas, y aunque la luz que recibe es mucho más débil que la que llega hasta nosotros, manifiéstase su magnitud por el resplandor con que brilla en las noches estrelladas, el cual, en ocasiones, iguala, y aun supera, al de Venus, Júpiter, es, por lo tanto, uno de los astros más hermosos del cielo.

Como está siempre sobre el Zodíaco, es fácil conocerle. Cuando en cualquiera época del año veamos caminar por entre las constelaciones zodiacales un astro de luz blanca, fija, que se destaca sobre la de los demás, aseguremos sin titubear que es Júpiter.

Cada año de Júpiter equivale á doce de los nuestros: es decir, aquel mundo tarda dos veces más que la Tierra en verificar una revolución completa al rededor del Sol. Pero en rigor, allí no hay años; aquí sabemos que desde el comienzo de un verano hasta el siguiente, median 365 días; el punto de partida para nuestros cálculos ordinarios suele ser una estación. Así decimos: "hace dos inviernos, hace tres veranos, ocurrió tal cosa," indicando con esto que no hay más que una sola estación en cada año.

Los habitantes de Júpiter deben medir bien el tiempo civil, porque como se hallan en primavera constante, no pueden apelar á estos pobres recursos de que nosotros nos valemos.

La inclinación del eje de aquel planeta sobre el plano de la órbita, es de 4.9° próximamente. Conocida la teoría de las estaciones, las cuales dependen exclusivamente de la inclinación, fácil es conocer la causa por qué la superficie de aquel globo está sometida casi constantemente á una temperatura uniforme. No habrá más variaciones sensibles que las producidas por la evaporación, por las nubes y por los vientos.

Con el auxilio de buenos telescopios se ven en Júpiter, como en Marte, grandes superficies de tierra y de masa líquida. No cabe duda alguna de que allí existe el agua, porque se observan modificaciones en la atmósfera, presentando unas veces al descubierto los continentes y otras grandes gasas de nubes que se arremolinan ó se disipan, como sucede en el espacio que circunda á nuestro globo.

El mundo de Júpiter presenta una superficie 126 veces más extensa que la terrestre. Nótese bien que hablamos de la superficie y no del volumen. Calcúlese lo que será un mundo tan enorme. El hacer allí un viaje á los antipodas, equivale á emplear muchos años de los nuestros. Si los habitantes de aquel planeta no conocen medios de locomoción más rápidos que los inventados aquí, pasarán siglos sin que los naturales de una region se trasladen á otra distante.

La magnitud de ambos planetas está en relación con la que ofrece una naranja y un guisante. Nosotros, desde aquí, vemos aquel magnífico mundo á simple vista, sin más que levantar los ojos al cielo. Probablemente, en Júpiter sólo tendrán

conocimiento de la existencia de este pobre globo nuestro los sabios, los astrónomos y los que se dedican á investigar las profundidades del firmamento.

La mayoría de los seres inteligentes que pueblan aquel mundo, no sospecharán siquiera que hay en el Universo un punto perdido en el espacio en donde hormiguean unas criaturas dotadas de razon que discurren sobre lo que puede acontecer en las regiones del infinito. Si alguna vez, en un porvenir más ó menos remoto, alguno de nuestros lectores fuese á habitar en Júpiter, le costaría gran trabajo el encontrar á su antigua patria. Tendría que levantarse antes de que saliese el sol, y nótese que desde la puesta á la salida de este astro en Júpiter no transcurren más que cinco horas, y buscar hacia el Oriente, cinco ó seis minutos antes, una pequeñísima estrella blanca. Con vista muy perspicaz tal vez llegaría á distinguirla: en la mayor parte de los casos tendría que valerse de buenos anteojos, preguntando previamente á los astrónomos de allí que calculan la posición y la marcha de las estrellas, por qué punto del espacio se oculta nuestro globo. Solo así sabría que este planeta está en el Universo. Seis meses después, por Occidente, podría repetir la investigación, presentándosele las mismas dificultades.

Tal es la condición en que se encuentran los habitantes de Júpiter respecto de nosotros. Durante la noche no se ve jamás la Tierra desde allí, mientras que precisamente en las noches serenas es cuando nosotros podemos observar desde aquí abajo ese magnífico planeta. Sus habitantes, que apenas tienen idea de la existencia de nuestro mundo, no se imaginan que, pobre y humilde como es, se halla poblado de criaturas inteligentes.

Uno de los espectáculos más hermosos que ofrece Júpiter es el de sus cuatro satélites, mucho mayores que nuestra Luna, girando sin cesar sobre un mismo plano. A veces tendrán en el horizonte una sola luna, á veces dos, á veces tres, y algunas lucirán las cuatro. Si nuestras noches son tan bellas iluminadas por ese frío y pequeño astro, y dan sus débiles rayos tanta poesía á la Naturaleza y tanta melancolía al espíritu llenándolo de vagos presentimientos, imagínese cual no será la hermosura de las cortas noches de Júpiter con la luz de sus tristes satélites, y templadas constantemente por un calor primaveral.

Si nos fuese dado observar ese mundo de cerca, acostábrmonos á él y apreciar toda la magnificencia de su naturaleza, halláramos la Tierra demasiado modesta al salir de semejante morada.

En cambio se nos presenta un espectáculo que no se ofrecerá jamás á los habitantes de Júpiter: el de las salidas y las puestas del Sol. Los cambiantes de luz, el cielo enrojecido por rayos de fuego, las nubes arreboladas con todos los colores del iris, los contrastes caprichosos que preceden á la magnífica aparición del enorme globo encendido, son escenas que no podrán contemplar los seres que viven á 200 millones de leguas.

Los habitantes de Júpiter verán el Sol cinco veces más pequeño que nosotros y recibirán su luz con intensidad 27 veces menor.

Si de la luz y del calor procede la vida, este humilde mundo tiene la condición suprema de la belleza.

LOS HOMBRES DE LA GUERRA.

A cada instante oímos repetir que á fuerza de horrores, la guerra acabará por matar á la guerra, y que se acerca con creciente rapidez la hora en que los medios de destrucción se hayan refinado y sean tan formidables que nadie quiera ya servirse de ellos.

El inventor americano de un torpedero sub-marino—muy peligroso sobre todo para la tripulación—le ha dado ya anticipadamente el título tranquilizador de *Peace-maker* "Pacificador."

La verdad es, por ejemplo, que si la bomba asfixiante de *Los quinientos millones de la Princesa*, capaz de aniquilar sin ruido ni dolor a un ejército entero, a 18 ó 20 kilómetros de distancia, llegara a realizarse efectivamente como se han realizado ya muchas fantásticas creaciones de Julio Verne; si el secreto de la navegación aérea, sorprendido al fin por algún *Robur* el *Conquistador* permitiese hacer llover infaliblemente la muerte desde lo alto del cielo sobre las ciudades y los campos; si tantas sangrientas utopías viniesen a pasar a la práctica de las batallas,—la verdad es que la misma perfección del arte de la guerras, según parece, la imposibilidad de la guerra. ¿Como pensar en batirse cuando en un abrir y cerrar de ojos los dos ejércitos beligerantes pueden morder el polvo, desde el generalísimo al último soldado?

Pues bien, todo esto no es más que una ilusión, una falsa apreciación de las cosas.

Si, en rigor, puede ser, sino verdadero, a lo menos verosímil y lógico, que la guerra, a fuerza de honor debe de matar la guerra no serán las más prodigiosas máquinas inventadas por los hombres las que contribuyan a precipitar este resultado. En efecto; no es verdad que sirvan para hacer la guerra más mortífera ó más horrible: *todo lo contrario*.

Esto parece una paradoja. Y sin embargo, nada más fácil de demostrar.

Cuanto más adelantamos, cuanto más se perfeccionan las armas, ganando en precisión, alcance y potencia, menos víctimas hace la guerra. Los combatientes no se ven ya, no se tocan, no se ponen en aquel contacto inmediato y brutal en que, fatalmente, uno de los adversarios, sino los dos, había de dejar su sangre y su pellejo. Ahora, a muchos kilómetros de distancia, por cima de obstáculos infranqueables, ríos, colinas, bosques en los cuales se pierde la vista, los ejércitos hacen hablar la pólvora, y en forma de balas y obuses, cambian sus malas artes.

Afortunadamente esta nueva táctica hace más ruido que daño, y produce más turbación moral que pérdidas materiales. Ya sabemos que en la proporción clásica del mariscal de Sajonia, el cual estimaba en su tiempo que para matar a un hombre en una batalla, era preciso nada menos que un peso de plomo igual al peso de su cuerpo, sabemos que, con las armas actuales, esta proporción ha bajado mucho.

Mr. de Chesnel ha calculado que no se necesitan menos de 126 kilogramos de plomo para matar a un hombre, y comparando la cifra de cartuchos quemados con las pérdidas sufridas durante la guerra franco-alemana, se encuentran de 1.200 a 1.300 tiros por soldado muerto. Con los fusiles de repetición será mayor la relación.

No pasaba esto en la época en que no teniendo los fusiles más que un alcance de 100 a 150 metros como máximo, y exigiendo para su carga un tiempo relativamente largo, el fuego no se abría hasta una distancia bastante corta para permitir a cada tirador que eligiese la cabeza que quería herir, la siguiera en sus movimientos, la apuntase descomodamente, por decirlo así. En esta época el mariscal de Sajonia podía tener razón; ¡hoy ya estamos muy lejos de aquel tiempo!

En cuanto a los obuses, basta haber figurado como actor en el menor campo de batalla, para saber que hacen muchos menos estragos que las balas; menos aún que aquellas otras que hacían caer filas enteras, abriendo en ellas huecos que era preciso cubrir al grito de: ¡cerrarlas filas!

En esta metamorfosis del arte de la guerra, todas estas terribles máquinas que van perfeccionándose sin cesar, sirven, sobre todo, por el terror ó por la confianza que inspiran, por la desmoralización que siembran en unos y el azote que comunican a los otros. Son más eficaces que sus predecesoras, pero obran desde más lejos y se las cuida más. ¡Sencillo efecto psicológico!

Desgraciadamente, a despecho de los fusiles Vincheser y Kropatschek, de los barcos-peces, de las dinámicas aéreas, de la melinita y de las ametralladoras automáticas; a despecho también de las variaciones político-sentimentales del diputado Passy y otros *cuáqueros*, no estamos tan abocados a ver el fin de las guerras.

¡Por dichosos nos debemos estimar si

án siendo más ruinosas y desarregladas se hacen menos largas y mortíferas!

JAI-ALAI.

El edificio.

A menos de un kilómetro del puente de Santa Catalina; camino de Puertas Coloradas, y frente a los primeros árboles del paseo de Ategorrieta; circundado por bonitas posesiones de recreo, y como recostado en el monte Ulla, se alza el magnífico frontón de *Jai-alai*, el mejor, sin disputa, de cuantos hoy se conocen, y que ayer fué inaugurado.

Está orientado y construido con tal arte, que todos los asientos destinados al público se hallan a cubierto del sol y del agua a la hora de la tarde en que es costumbre jugar los partidos, y al empezar estos, el sol no puede molestar a los *pelotaris*.

El juego propiamente dicho tiene de largo 15 cuadros y medio (61 metros) desde el frontón hasta la barandilla que limita las gradas de sillas, y una anchura de 21 metros; a contar desde la pared izquierda hasta la barandilla mencionada.

El frontón, todo él de sillaría, tiene 16 metros de ancho, desde el encuentro de la pared izquierda hasta la portada principal de entrada, que mide los 5 metros restantes hasta la barandilla.

La pared izquierda está construida de sillaría, en una extensión de 12 cuadros (48,80 metros), contados desde el vértice del ángulo que forma con el frontón; y los 3 cuadros y medio restantes de dicha pared, como el resto del tendido, son de manpostería, revestida de cal hidráulica y pintura.

Tanto la pared izquierda como el frontón miden una altura general de 11,50 metros en sillaría, y 2 metros de red de alambre.

La losa del suelo cubre la extensión de los 12 cuadros de pared izquierda de sillaría, con una anchura general de 11 metros.

Los asientos designados para el público son cuatro filas de sillas escalonadas, conteniendo en junto 374 asientos, separados de la plaza ó juego por una barandilla de hierro, y servidos por un paseo túnel de cinco puertas para la entrada del público. (Ayer, fuera de la barandilla, se colocaron en la plaza 300 sillas más.)

Sobre el túnel, y con repisas de piedra y barandas de hierro, hay 82 palcos de 8 asientos, y un paseo de 2,50 metros de ancho, con una fila de sillas para descanso de las personas que se hallan en el paseo.

Sobre los palcos, y sostenida por columnas de hierro de 4 metros de altura, se halla la galería ó tendido de preferencia, distribuida en 9 filas, que contienen unos 1.200 asientos.

La parte posterior, detrás de los palcos, tiene dos tendidos de 6 ó 8 filas, el primero de Portland y el segundo de madera, con capacidad para unos 600 asientos.

Todos los destinados al público se hallan cubiertos con una elegante y atrevida visera de zinc.

En la parte posterior del edificio están los cuartos destinados para descanso de los jugadores, y sobre estos se hallan las habitaciones del conserje.

En el recinto de la plaza hay seis retretes con sus urinarios para el servicio público.

Al contacto del paseo de Puertas Coloradas se halla el café restaurant, y sobre este el salón destinado al público que asista a los palcos.

Las obras dieron comienzo en Noviembre último. En Marzo se colocó la primera hilada del frontón. La piedra empleada en la sillaría es toda de Igueldu. Han costado las obras 465.000 pesetas, a cuyo importe hay que agregar el coste de los terrenos sobre los que está hecha la edificación.

El golpe de vista que presenta la plaza, desde los palcos últimos (28 al 52), es magnífico, por dominarse en toda su extensión, desde el medio punto que aquellos forman, las hermosas galerías de la derecha.

Desde los tendidos posteriores, la distancia resulta mucha, y parece mayor por la amplitud de la plaza.

Jai-alai ha sido ideado, dirigido y construido por D. Domingo Eceiza, a quien no podemos menos de felicitar por esa obra, que bastaría a acreditarle, si ya no lo estuviese.

El partido.

La plaza llena. Bastantes señoras en los palcos. Nublado y caluroso el tiempo. El aspecto de la plaza, magnífico. Momentos antes de empezar el partido, las conversaciones versan sobre el resultado de este y sobre las bellezas y comodidad del frontón. Al dar las cinco, como en nuestras Cámaras, la expectación es grande. Suena sobre la losa el duro echado a cara ó cruz, que hace las veces de campanilla, y empieza la sesión el Chiquito de Eldar.

Darían nuestras notas materia para escribir toda una plana. Pero nos vemos obligados a adoptar un estilo casi telegráfico, para no privar a nuestros lectores de la importante carta de Madrid; ya que los privamos de la crónica exterior y de las noticias.

Fué el partido de ayer de los que pasan a los anales. Jamás lucieron tanto la maestría sin igual del Chiquito; la resistencia maravillosa, seguridad incomparable y habilidad asombrosa de Mardura; el dar potente y prodigioso de Eliegui. Baltasar quedó relegado a la categoría de segunda figura.

En los saques, Azpil, que lo hizo a botebo-

les, aunque perdió 4 tantos, sacó gran partido. Solo Mardura es capaz de restar saques tan terribles. Dirigió el juego admirablemente, dejando entrar a Eliegui hasta el primer cuadro, y encomendando al brazo de éste el sostener la batalla, reservándose para rematar los quince. Son de mencionar, entre los que remató, el 6, de una larga; el 16, larga y metida a Mardura; el 21, engañando a sus dos contrarios; el 28, ganado con larga; el 25, cogiendo una bola cerca de la pared y cortándola a la derecha, que mereció grandes aplausos; el 28, en que después de volver de espaldas la pelota, contestó dos paredes con el mismo lance, metiéndosela a Mardura; el 43, con magníficas dos paredes de bola; el 52, que puso entre sus dos contrarios; los 53 y 54, del mismo género; el 56; corta picada; el 61, con dos paredes magníficas; el 82, que puso en medio de sus contrarios.

Mardura jugó como dos. Hizo restos que parecían inverosímiles, replicando siempre con vigor a los latigazos tremendos de Eliegui. Jugó más que nadie. A pesar de hacer el juego trasero, remató algunos quince: el 5 con dos paredes; el 81 con larga; el 75 y 81 con largas magníficas. No hay *pelotari* capaz de hacer el juego que ayer vimos, a Mardura, que recibió repetidas veces muy merecidos y frecuentes aplausos. Nos es imposible reseñar los quince magníficos por el peloteo que sostuvo.

Eliegui sobresalió en dos cosas: por su brazo, y por lo bien que realizó el pensamiento de su compañero. Ganó el 7, 13, 30, 47, 51, 57, 64 y 85, con largas; el 74, con dos paredes. Los tantos en que sostuvo todo el peloteo, entrando hasta el cuadro primero, fueron muchos. Después de Mardura, Eliegui es el primer jugador de atrás, aparte de que tiene superior juego delantero. Fué muy aplaudido.

Baltasar, excepto en el saque, en que estuvo superior, hizo muy poco. No puede luchar a habilidad con el Chiquito. De saque ganó algunos tantos, y el 63 con buena corta; el 76 con magníficas dos paredes; el 86 con corta superior.

Al igualar a 18, el Chiquito, después de mudarse de calzado, pidió permiso a los contrarios para salir de la plaza a mudar de camisa. Parte del público se impacientó. Sonaron algunos silbidos, muy censurados.

El Chiquito y Eliegui dejaron a Baltasar y Mardura en 37 tantos para 50.

El partido digno del frontón, ó viceversa. Muy complacido el público, y muy deseoso de que aquel se repita.

CELESTINO VILLODAS.

NOTICIAS.

Ayer tarde fué llevado a la cárcel un sujeto por embriaguez y escandalizar en la vía pública.

En el cuarto de socorro fué curada ayer tarde una joven a quien dió un accidente en la calle de San Marcial, produciéndose al caer una ligera herida en la cara.

Ayer por la mañana fueron multados varios jóvenes por bañarse en el muelle.

En la playa de Orto fueron recogidos ayer tarde los cadáveres de tres mujeres, que por la mañana estuvieron bañándose en dicho punto, donde se ahogaron.

Ayer volvió a publicarse *El Eco*. Nos falta espacio para dar cuenta de su programa.

Programa de las piezas que la banda municipal dirigida por el Sr. Milpiger ejecutará a las nueve de esta noche en el kiosco del Boulevard.

- 1.º *Sinfonía de Guillermo Tell*.—Rossini.
- 2.º *Allegra Pastoral*.—Beethoven.
- 3.º *Polonesa* ob. 40.—Chopin.
- 4.º *Soirée de Thé*.—Vaidenfeld.
- 5.º *Vals La Dwa*.—Offenbach.
- 6.º *Paseo doble Student egrus*.—Stetfeld.

Puerto de San Sebastian

Buques entrados ayer:
Vapor *San Miguel*, de Santander, con carga general.

Vapor *Sanson*, de Bilbao, con 21 pasajeros.

SERVICIO PARTICULAR

de LA VOZ DE GUIPÚZCOA.

ALCANCE DEL CORREO.

Madrid 2 de Julio de 1887.

(A las siete de la tarde.)

Conferencias.

Desde la una de la tarde estaban en el Senado los generales Martínez Campos y Primo de Rivera.

El primero venía, interviniendo en la cuestión con el carácter de mediador oficioso, y se vanagloriaba ya del éxito de sus gestiones, pues entendía que no ocurriría nada.

No hacía estas gestiones por el general Cassola, a quien profesaba verdadera antipatía, según manifiesta en sus conversaciones; lo hacía por el Gobierno entero y por evitar que saliera a flote la lucha que el militarismo pretendía entablar con el elemento civil.

Por esto llegó hasta a aplicar a Cánovas que se retirara la anunciada proposición incidental de los generales, y Cánovas consintió.

Reunido con Primo de Rivera esta tarde, el volvió a preguntar si pensaba hacer algo, y aquel le contestó que se daba por satisfecho con lo que resulta declarado en el *Diario de Sesiones* por el ministro de la Gobernación.

El general Campos se tranquilizó, y estaba convencido de que la cuestión habría terminado.

A las dos entró Cassola, pálido y desmejorado con señales evidentes de estar enfermo.

Acto continuo pasó al despacho de ministros el general Primo de Rivera, y de esta conferencia resultó que éste mantenía su propósito de no hacer nada, y el general Cassola su deseo de que hubiera debate, hasta el extremo de que él se encargaría de provocarlo.

La noticia circuló con bastante rapidez.

El salón de conferencias y pasillo del Senado eran en aquellos momentos hervideros de pasiones políticas.

De un lado el general Salamanca diciendo que se trataba de un juego de compadres, que él no consentiría; de otro Botella, diciendo que era un escándalo lo que ocurría, y que estaba dispuesto a provocar explicaciones en la sesión.

En otros corros, los senadores civiles lamentándose de ese militarismo que pretende imponerse.

En estos momentos, de órden del presidente pasaron a su despacho los generales Cassola y Primo de Rivera, y esta conferencia fué la reproducción de la primera entre los dos últimos.

Avísado de lo que ocurría, el Sr. Sagasta se encontró con el presidente del Senado y el ministro de la Guerra, y en esa conferencia el Presidente del Consejo recibió del general Cassola que no hablaría siempre que no provocasen otros la cuestión.

Se pensó en el medio de evitar todo debate, y es convido en la necesidad de entrar desde luego en la órden del día.

Resulta así la cuestión, sonó la campanilla y el salón de sesiones se llenó de senadores y diputados.

La órden del día.

Como se había convenido, el marqués de la Habana, entró desde luego en la órden del día; pero pidió la palabra el Sr. Botella, y no tuvo el marqués de la Habana energía para mantener lo acordado, con gran disgusto del Sr. Sagasta y contentamiento del general Cassola.

El debate vino, y su importancia es extraordinaria.

La crisis.

El Sr. Sagasta la negó rotundamente *por ahora*; pero después de la sesión de hoy queda una cuestión exclusivamente política, nacida de las incidencias del debate, que dará pronto y muy interesante resultado.

Hay hombre.

La sesión de hoy habrá convenido al general Cassola de que no necesita más que carácter para imponerse.

La energía que ha demostrado hoy le ha hecho recobrar todo su prestigio.

El carácter con que notificó al general Primo de Rivera su relevo inmediato, y a los demás generales el suyo en el momento en que desde un cargo oficial se le pongan enfrente, levantó de sus asientos a los senadores, que le animaban con sus murmullos de aprobación.

En estas manifestaciones se distinguieron especialmente los demócratas, que tienen en adelante su programa en las reformas militares.

Un íntimo amigo del Sr. Martos, el Sr. Fernandez de las Cuevas, se puso en pie para decir: "Eso es ser ministro; ese es el camino."

Los conservadores.

No ocultan su despecho. Se confirma que los generales de esa significación que tienen cargos dimitirán ó harán que los dimitan.

El Sr. Cánovas se propone hacer un acto contra el Sr. Cassola, antes de suspenderse las sesiones, acto que tendrá resonancia.

El general Martínez Campos.

La actitud del general Martínez Campos es, según se dice, de abierta oposición al ministro de la Guerra.

Las declaraciones de este, la notificación del relevo a Primo de Rivera y la advertencia a los demás, ha creído que era para él una alusión, y se considera profundamente herido, hasta el extremo de creerse obligado a presentar la dimisión de su cargo de capitán general de Madrid.

Como esto no puede consentirlo el Sr. Alonso Martínez, el cree que queda iniciada para un plazo próximo la división absoluta de la mayoría, apoyando los demócratas al general Cassola.

En el Congreso.

Ni un alma. Se discutía el proyecto de dehesas boyales. El Sr. Martos, recibía frecuentes avisos de lo que ocurría en el Senado y no podía ocultar su satisfacción.

La sesión del Senado.

El Sr. Botella dice quiere dirigir una sencilla pregunta al Gobierno.

Dice que se asegura por todas partes que hay una crisis latente, por creer el Gobierno que los militares de ésta y la otra Cámara no tienen el derecho de opinar en materias técnicas en desacuerdo del ministro.

Alude a todos los generales que se dice tienen firmada una proposición,

El Sr. Primo de Rivera: No he de seguir al Sr. Botella en el camino que revelan sus palabras.

Hace días que la prensa se ocupa con insistencia de mi actitud, y yo necesito saber por medio de una aclaración la autoridad con que ejerzo mi cargo.

Yo no he tratado de imposiciones de ningún género, que con éstas no hay Gobierno posible. Yo tenía el propósito de hacer una sencilla pregunta en este sentido; pero la enfermedad del ministro de la Guerra me lo ha impedido.

Aquí no hay cuestión política, sino de dignidad militar pura y simple.

En vista de una declaración espontánea de un ministro de la Corona, que me daba más de lo que podía esperar, yo creía completamente satisfecho mi prestigio.

El Sr. Botella, con una intención sana (grandes risas) provoca esta cuestión. Me excita al ministro a que haga de nuevo la pregunta, pues dice que nada ha leído y nada sabe. No tengo nada que decir.

El Sr. Salamanca: Yo soy uno de los firmantes de la proposición nombrada, y tengo que decir que ésta respondía a nuestros ideales y daba ocasión a un compañero para fijar su actitud y ponerse al salvo de los comentarios de la prensa; pero ésta no entraña oposición al Gobierno ni a nadie.

Lo que ha dicho la prensa de imposiciones ha sido por ser seis los generales firmantes, y no hay nada de esto.

El Sr. Botella: Yo no he de decir si mi intención era o no sana; pero que creo que sí, porque ya íbamos a entrar en la orden del día y no ha hecho S. S. la pregunta.

Trátase de una cuestión gravísima que ha tenido al Ministerio en crisis, cosa que nos explicará el general Martínez Campos. (Risas.) Yo creo absurda esa proposición, y la hubiera combatido como tal, porque es bien sabido que todos los militares no tienen aquí los mismos derechos. Estamos al fin de la legislación y es preciso que esto se aclare, que algo valdrá y algo ha de significar la explicación, y deseo saber si hay o no motivo de crisis.

El señor presidente del Consejo: Voy a dar un digno al Sr. Botella, asegurándole que no hay crisis ni ha habido motivo para ello, porque el Gobierno está completamente conforme. Si el ministro de la Guerra hubiese propuesto la separación del director general de infantería, hubiera salido la destitución al otro día en la Gaceta.

Pero el Sr. Primo de Rivera hubiera podido venir aquí, en su derecho como senador, a combatir y discutir los planes del Gobierno.

El Consejo de ministros no se ha ocupado para nada tampoco de esa proposición, pues cree fielmente en el patriotismo de los firmantes, y no le daba otro alcance.

El señor ministro de la Guerra: Yo no he de hablar largo, porque me faltan fuerzas materiales; pero he de decir algunas palabras para calmar el estado de los espíritus, que alarmados por la prensa, llega a hacer creer al señor Botella que hay crisis.

Esta mañana recibí una carta del Sr. Primo de Rivera, diciéndome que ya estaba satisfecho.

Si yo hubiera podido venir aquí a contestar al Sr. Primo, me hubiera limitado a decirle que el Gobierno o el ministro de la Guerra, por lo menos, no se hacen solidarios de lo que diga la prensa, así sea esta la más afectuosa. Creo que con esto se hubiese dado por satisfecho S. S. (El Sr. Primo hace signos negativos.)

Veo que no hubiesen satisfecho al Sr. Primo estas explicaciones, y yo declaro que me hubiera limitado a ellas hasta que hablara la Gaceta, pues el Gobierno no tiene por qué dar explicaciones de sus propósitos.

Declaro que tenía el propósito de relevarlo, sin haber consultado este punto con sus compañeros de Gobierno.

Pero declaro que yo tenía realmente el propósito de relevarlo al director de Infantería, pero por mi mismo, sin consultarlo con el Gobierno. En esto vino a rodar por la prensa la noticia de que S. S. venía a hacerme una pregunta sobre el particular, y entonces aplacé para más adelante esta determinación; pero no obstante declaro que pienso releva a S. S. del cargo de director de Infantería.

Y respecto a la proposición que no conozco ni sé quién ha firmado, estoy en el caso de decir que estoy completamente de acuerdo con la opinión del Sr. Botella, y por tanto todos los senadores pueden manifestar su opinión en contra del Gobierno.

El Sr. Botella: Ya lo veis; qué unanimidad de pareceres. El Gobierno, decía el Sr. Sagasta que no se había ocupado de esto, y el señor Cassola dice hasta que piensa relevarle; es decir, le ha amenazado. (Momentos de confusión. En la mayoría: No hay amenaza.)

El señor presidente del Consejo declara que no hay contradicción, como dice el Sr. Botella, pues son distintos los asuntos que se tratan en Consejo y las relaciones entre un ministro y un director.

El Sr. Primo de Rivera: Es no tener idea de lo que es ser ministro el desconocer lo dicho por sus compañeros en el Parlamento.

Las palabras y las provocaciones al ministro revelan el estado de mi dignidad, que sin duda andaba por los suelos.

Antes de presentar la dimisión anuncio una interpelación al señor ministro de la Guerra.

El señor ministro de la Guerra: Estoy dispuesto a contestarla en el acto.

El Sr. Primo de Rivera comienza su discurso diciendo que ya comprenderá el Senado que

no es director de Infantería, y que en tal sentido se felicita de tener una posición más desembarazada.

Continúa manifestando que las mejores relaciones, aunque no íntimas, le unían al señor Cassola; que sirvió a sus órdenes durante la guerra, y que se felicitó de su nombramiento de ministro. Llegaron las reformas, y de ellas nada sabíamos, ni los altos empleados ni los amigos.

Dice que en su día le probará los males que traerían sus reformas al ejército, cosa que le manifestó particularmente al ministro.

Si encontré malas sus reformas, ¿cómo he de encontrar su política durante el tiempo en que ha sido ministro?

Mis disgustos con el ministro de la Guerra tienen su origen desde el aniversario de nuestro malogrado D. Alfonso XII; desde los banquetes célebres en que los amigos íntimos, los oficiales a las órdenes y los ayudantes del ministro fueron a los cuarteles, a los cantones y circulando órdenes a provincias para que se hicieran manifestaciones militares, dirigidas por y para el señor ministro de la Guerra.

Esto es grave, gravísimo, señores; he recibido comunicaciones de jefes de infantería de provincias en que me consultaban si las felicitaciones por las reformas que les había ordenado, las habían de dirigir al presidente de la comisión o a quién.

Mi puesto, dije al ministro, es incompatible con esa conducta.

Yo veía la disciplina relajada, yo, que venía luchando con entusiasmo en su favor, no podía ser director. Desde aquel día tuve necesidad de hacer atmósfera entre jefes y amigos. Yo tengo aquí una de las cartas que se dirigieron a provincias.

Es que se quería relevarme cuando no pudiese hablar, porque ya las Cortes estarían cerradas.

Con el sistema del ministro nadie sabe por dónde vamos, pues unas veces es autócrata y otras no sabe nada S. S.

Continúa explicando minuciosidades de la vida íntima del ministro.

El ministro de la Guerra contesta que no quiere popularidad; que no la necesita; que piensa hacer justicia a todos, a las armas generales y a las particulares.

Se me dice que yo no trato sino con los subalternos, lo niego en absoluto.

El Sr. Primo de Rivera: Lo afirmo en absoluto, que ya no soy director de infantería.

El señor ministro de la Guerra: Pues apelo a los directores que haya en esta Cámara. (El general Sanz confirma lo dicho por el señor ministro. El Sr. Weyler se calla.)

Al hablar sobre los banquetes, dice que no tenía conocimiento hasta el día que se verificaron como lo tenía desde el día antes el señor Primo.

(Se promueve un alboroto incidente acerca de este extremo. El general Primo pronuncia la frase: *Es falso*, que tiene que retirar.)

Ha mandado S. S., dice el señor ministro, circulares prohibiendo que se hablara en los cuarteles de banderas de las reformas.

El Sr. Primo: Es inexacto.

Varias voces: Hubiera cumplido con su deber.

Yo, dice el ministro de la Guerra, he dirigido circulares prohibiéndolo.

El Sr. Primo: *A posteriori*.

El señor ministro de la Guerra: ¿Pues cuándo había de hacerlo sino después de presentar los proyectos? Ya he declarado que no estaba enterado de los banquetes, aunque lo supieran mis ayudantes.

Se suspende la sesión por diez minutos.

Segunda parte.

En el entreacto se celebra un Consejo de ministros en el despacho del presidente. A las cinco en punto se reanuda la sesión con la misma expectación; tolos los jefes de las minorías y muchos diputados.

El Sr. Primo de Rivera empieza haciendo constar que no es culpa suya las consecuencias de este lamentable debate.

Lee cartas de jefes de infantería de provincias que demuestran las graves afirmaciones que ha hecho sobre la propaganda a favor de las reformas hecha por los ayudantes del ministro.

Concluye pidiendo al Senado le dispense si su dignidad le ha obligado hacer todas estas revelaciones.

El señor ministro de la Guerra dice que él tampoco es responsable de este debate.

Dice que sus ayudantes no han asistido a los banquetes.

Añade que los proyectos presentados a la Cámara lo son por un decreto, y por tanto, se pueden aplaudir sin que sea delito.

Lee el telegrama que dirigió a las autoridades prohibiendo las manifestaciones a favor de las reformas.

Concluye afirmando que si no ha tenido en cuenta la regia prerrogativa al anunciar que destituirá al marqués de Estella, es porque es cosa común decir, mañana lo haré "si Dios quiere," porque ya se supone siempre esto.

El señor ministro de Estado: A nadie le extrañará que al estado a que ha llegado este debate, se levante otro individuo del Gobierno, a demostrar que hay perfecta unanimidad de criterio en este asunto. —*El Corresponsal*.

Telegramas.

Madrid 3, 9-45 noche.

Por cuestión de consumos ha ocurrido en Barcelona un pequeño motin.

Los alborotadores quemaron las casetas del resguardo.

Se logró restablecer el orden, sin que se originasen graves consecuencias.

Por la misma causa de consumos han ocurrido también desórdenes en Valencia, pero de mucha gravedad.

Todas las tiendas de la ciudad aparecieron cerradas, a consecuencia de haber protestado los gremios contra la empresa arrendataria del impuesto de consumos.

El pueblo, amotinado, quemó las casetas.

El gobernador de la provincia, al frente de las fuerzas de la guardia civil, se dirigió al sitio en que estaba reconcentrado el grueso de los amotinados, quienes le recibieron a tiros.

Se vio obligado el gobernador a refugiarse en una caseta.

En vista de la gravedad de los sucesos, y después de consultar con las demás autoridades, el gobernador resignó el mando en el capitán general del distrito.

En su consecuencia, las fuerzas de la guardia ocuparon los puntos estratégicos.

A último hora de la tarde se disolvían los grupos.

Ha resultado herido un guardia civil, y se ha verificado algunas detenciones.

La corrida de toros de esta tarde ha sido mediana. El Currito estuvo desdichado; el Gallo, mediano; Mazzantini, bien.

Madrid 4, 2-45 madrugada.

En el motin de Valencia tomaron parte unos 10.000 paisanos con banderas rojas.

Al pasar por delante de la puerta de la capitanía general, la guardia les hizo fuego.

Quemaron después las oficinas de la empresa arrendataria, arrojando al fuego los caudales que encontraron.

Luego se dirigieron a la fonda de España, con orden de arrastrar al arrendatario de consumos Sr. Abarzuza, en vano del senador posibilista del mismo apellido.

La ciudad tiene un aspecto lúgubre.

ESPECTACULOS.

GRAN CASINO.

Conciertos para hoy lunes 4 de Julio, de cinco y media a siete de la tarde.

Marcha persa, Strauss.—Dominó negro, overture, Auber.—Doctrinen, wals, Strobl.—Fantasia sobre Los Cloches de Corneville, Planquet.—Gloria a las mujeres, Strobl.—Prenhez la file, Strauss.

De nueve a diez y media de la noche.

Poeta y aldeano, overture, Suppé.—Sueño de primavera, Strauss.—Entreacto de Pizzicato, Tomé.—Fantasia de La Africana, Meyerbeer.—Stephani, gavotta, Czibulka.—Razzia, Strobl.

A las diez y media de la noche.—Soirée dante en la sala de fiestas.

ANUNCIOS PREFERENTES

SE VENDE

una finca con sus terrenos en el paseo de Ategorrieta.

Se informará en esta Administración. 4—10a

RUFINO ACHA
PROFESOR DENTISTA
Garibay 3, 3.º—San Sebastian.

RELOJES
económicos y buenos

son los de
DONAT FER
y de
PELAYO

Los hay en la RELOJERIA INGLESA, Elcano, 4, San Sebastian.

Se compone con garantía y a precios arreglados.

Relojes y alhajas de todas clases.

Pianos nuevos

para alquiler, de Aguirre, Churrucra, 3, pral.

SE VENDEN.

El maderamen que ha servido para la construcción de los bloques en Pasajes, y un almacén de madera de 20 metros de largo por 8 de ancho y 6 de alto. Se venderán a precios reducidos.

Dirigirse al empresario de los bloques en Pasajes de San Pedro.

16 Garibay—LIBRAIRIE CENTRALE—Garibay 16

PAPETERIE

Les scandales de Berlin, de Oscar Meding.—Les demoiselles, de Julien Berr de Enriquer.—Pair ne pas l'être, Gyp.—Le Roman d'un Roi, ...—Le Père Harcourt, par Gilbert Stenger.—Les ardents, M. Emile Lévy.

Panadería francesa.

Este establecimiento pone en conocimiento de su numerosa clientela, se halla a la venta el verdadero pan de Viena, (*croissants*.)

Especialidad en panecillos de grana y pan inglés. Todo clase superior.

Se sirve a domicilio.

Calle de Churrucra, número 12, San Sebastian.

4—31

SE ALQUILA

bonita casa amueblada, vista al mar, en el barrio de Gros, al otro lado del puente. Darán razon en esta redacción.

4—15

FONDA DE JOSÉ MARIA BELLO

BAÑOS DE PANTICOSA

Con servicio de coches y de mulos para el puerto en combinación con Salanave y Baylou (fondista de Gabás) y de los ferro-carriles de Laruns.

6—8

COALTAR SAPONINÉ

LE BEUF

es diariamente empleado en el Hospital de niños enfermos en París, como el mejor tónico en la angina cancerosa.

Así pues, para evitar el contagio, la mejor medida higiénica que puede tomarse como medida preventiva al acercarse a enfermo, es el uso en gárgaras del

COALTAR SAPONINÉ LE BEUF

mezclado con agua.

El precio del frasco es de 2 pesetas, y la media docena 10 pesetas.

Elaborado en Bayona en la farmacia de Le Beuf.

Depósito en las principales farmacias de San Sebastian.

208

MONTE DE PIEDAD DE SAN SEBASTIAN.

ANUNCIO.

En los días 5 y 6 del presente mes se celebrará en la Sala del Almoned de este establecimiento, la venta de los efectos cuyos plazos de empeño han caducado, dando principio el acto a las diez de la mañana de cada uno de los expresados días, y subastándose el primero los lotes de la sección de ropas y el segundo los de la de alhajas. Estas se hallarán expuestas al público en las oficinas del Monte Pio para las personas que deseen examinarlas desde mañana hasta el día 4 inclusive, excepción hecha del domingo tres, de 9 a 12 y de 3 a 5.

A los tenedores de papeletas vencidas que no hayan solicitado el desempeño o renovación se les pone en conocimiento que pueden hacerlo en todo el día de hoy hasta las 8 de la noche, advirtiéndose que pasada dicha fecha no les será válida la petición.

San Sebastian 1.º de Julio 1887.—El Presidente, Gil Larrauri.

3—3

SUCURSAL

DEL

CAFE DE LA ALAMEDA

Se ha establecido esta Sucursal en el nuevo fronton llamado Jai-Alai, situado en el barrio de Ategorrieta, y queda abierto al público desde el día 3 del corriente en la que se establece un gran restaurant-café dirigido por un hábil cocinero.

Se servirán almuerzos y comidas a todas horas, con esmero, prontitud y economía. Helados y refrescos de todas clases.

El dueño del establecimiento no ha omitido gasto alguno, para que la instalación y servicio de este café-restaurant responda cumplidamente a las necesidades del público que le favorezca con sus visitas.

Nota.—En el mismo establecimiento se facilitan trajes para los jugadores y todos los demás efectos indispensables que se necesitan para la plaza.

3—4

PÉRDIDA.

La persona que hubiere hallado una mantelita de seda negra de blonda puede entregarla en el hotel Continental donde se le gratificará.

SE ALQUILAN

habitaciones, en una hermosa casa, de las cercanías de Leco. Darán razon en Rentería, Magdalena, núm. 7.

1—4

Establecimiento tipográfico de E. Mendivil.

